

# Las tejedoras de la contornada

**Beatriz Ara Comín y Manuel Galve Dolz**  
Fotos: archivos particulares

**E**n la España de los años 60 y 70 el trabajo de la mujer fuera del hogar era casi impensable, salvo excepciones como las de las chicas jóvenes que iban a servir a la ciudad.

En nuestra comarca la situación fue similar, quizás acentuada por el predominio de una economía basada en el sector minero, en el que solo tenían cabida los hombres.

Esto no quiere decir que muchas mujeres no buscaran la manera de contribuir con los ingresos familiares o trataran de sacarse algún dinero para ellas. Una de las formas de hacerlo fue tejiendo en casa con las máquinas llamadas tejedoras o tricotosas. En casi todos los pueblos de la comarca hubo muchas mujeres que se apuntaron al carro de esta producción englobada en la economía sumergida de esos años, como tantos otros negocios en los que no había ni seguros, ni vacaciones pagadas. Por ejemplo, en Andorra trabajaron, entre otras, las hermanas Rosa y Florentina Alquézar, Conchita García Raya y su hermana Carmen Raya, Mercedes Blasco, Plácida Garay Baeta y la hija de Pedro Royo, Pilar Royo; en Alloza, las hermanas Josefina, María y Juana Muniesa, Carmen y María Legua, Pilar Blasco, Tomasa Tello (que fue la que empezó), Tomasa e Irene Garay Baeta, M.<sup>a</sup> Asunción Galve y Rafaela, Carmen, Consolación e Isabel Alquézar Galve. Estas cuatro últimas, además, regentaban la central telefónica de Alloza, de la que era titular su madre, Consolación Galve.

El sistema doméstico empezaba por los proveedores de las máquinas y las materias primas (hilo, lana o perlé), como Pablo Lerma, de Alloza; Pedro Royo, de Andorra; Narciso Gasión, de Alcorisa, y más tarde Joaquín y Manuel Franco.

Además de conseguir los elementos necesarios para la producción, también enseñaban a las jóvenes el funcionamiento de las tricotosas, pero de eso se encargaban sus mujeres, como es el caso de Paz Loscos, mujer de Pablo Lerma, que nos cuenta que "en casa teníamos arreglada una sala donde poníamos las tricotosas y las chicas venían a aprender conmigo", o el de Pilar Royo, que enseñaba en su casa en Andorra y como nos dice: "Yo también iba a enseñar el funcionamiento de las máquinas a Ariño. Tenía entonces dieciséis años y me hospedé en casa de unos señores mayores, amigos de mis padres, durante una semana, que fue lo que tardaron en aprender". Otras fueron a Alcorisa, como Rosa Alquézar: "Estuve hospedada en casa de Narciso durante una semana, hasta que aprendí el oficio".

Una vez dominada la técnica, muchas de ellas invertían en las tricotosas y realizaban el trabajo en casa. El origen de muchas de las máquinas era Barcelona, en concreto Badalona, y la marca Trigamo. En Andorra parte de las máquinas provenían de la catalana Casa Rivas. Debían de ser de muy buena calidad ya que rara vez se estropeaban. Si esto ocurría, los mismos intermediarios las arreglaban, como nos cuenta Pablo Lerma: "Si se estropeaban era yo el que hacía de servicio técnico gratis". Otras veces las mismas jóvenes cambiaban las agujas, que, según parece, era lo que más se rompía.



Tomasa Garay tejiendo (foto: archivo de Simón Garay).

Las máquinas eran caras, recuerda Pablo Lerma: "Debían de costar unas 60 000 pesetas y las amortizaban en ocho o nueve meses de trabajo".

Una vez aprendido el oficio todo el sistema se ponía en marcha. Realmente este trabajo formaba parte de un mercado más amplio que el local o comarcal. Los proveedores funcionaban como intermediarios entre las fábricas y las jóvenes de la zona. Cada uno traía el hilo, la lana o el perlé desde diferentes lugares. Pedro Royo lo traía desde Logroño; Pablo Lerma, al principio, de Confecciones Falerchi y de Confecciones Barull de Barcelona y más tarde de la mítica Jesús Vicente, Géneros de Punto, ubicada en la calle Arzobispo Doménech de Zaragoza.

A las tejedoras les llegaba el género y según nos explica Consoli Alquézar: "Trabajábamos para el que pagara mejor, teniendo en cuenta que las máquinas las habíamos comprado y había que pagarlas. Teníamos seis máquinas, cuatro de las grandes, en las que el carro se tenía que llevar con las dos manos y se trabajaba el hilo fino, y dos de las pequeñas, en las que el carro se llevaba con una sola mano para el hilo grueso".

Hacían las piezas a demanda, es decir, los proveedores de la materia prima les indicaban cuánta cantidad y qué variedad debían realizar. Isabel Alquézar nos dice: "Lo más fácil de hacer eran las piezas de los jerseys lisas, lo más complicado era cuando debían cambiar de colores para hacer cenefas o puntos como ochos, calados etc.". Solamente debían realizar las diferentes partes de la prenda, espalda, delantero, mangas o cuellos, que empaquetaban y se entregaban al proveedor. También el empaquetarlo llevaba su tiempo, ya que debían estar clasificados por piezas y tallas. El que se lo llevaba y lo colocaba, o las fábricas donde montaban las piezas, les ponía los cuellos, los puños, las planchaban y las empaquetaban dejándolas listas para su distribución a los comercios o a mujeres particulares encargadas de montar el jersey, de hecho en Andorra había mujeres que tenían remalladoras para acabar la prenda. En el caso de Pedro Royo negoció con la famosa fábrica Córdor, ubicada en Arens de

Abril 1978		
7-48	jersei inglés (T.12)	a 55 pt
19-30	" " (T.14)	a 55 pt
19-30	" " (T.8)	a 50 pt
26-50	" " (T.4)	a 50 pt
26-10	" " (T.14)	a 55 pt
Mayo		
3-40	jersei inglés (T.18)	a 55 pt
6-18	" " (T.14)	a 55 pt
30-88	" " (T.18)	a 55 pt
30-60	" " (T.10)	a 50 pt
Junio		
13-34	jersei inglés (T.4)	a 50 pt
13-37	" " (T.20)	a 55 pt
Día 6 de Marzo		
T. 0, 1, 2-18	para colectiva	a 70 pt
T. 3, 4-12	para "	a 47 pt
- Julio -		
11-116	para manoplas	a 30 pt
29-101	para manoplas	a 30 pt

Libreta de Consoli Alquézar Galve con los jerseys, tallas y precios que se pagaban por realizar las piezas con la tricotosa.

Mar, y trabajaba en exclusiva para ellos. Toda la producción de gorros y bufandas que él gestionaba iba a parar a la fábrica que la marca tenía en Badalona. Recuerda su hija que alguna vez iba allí y “entonces se negociaba todo con una comida de por medio. Los dueños de la fábrica nos invitaban y allí cerrábamos el trato de cantidad para enviar y el precio a pagar”. Pedro también llegó a vender algunas prendas en su tienda ubicada en la calle La Unión, número tres.

Con las máquinas grandes lo que más se hacían eran jerseys y con las pequeñas se hacían guantes, calcetines, bufandas o gorros. M.<sup>a</sup> Asunción Galve hacía gorros que luego su madre, Dominica Dolz, y su hermana M.<sup>a</sup> Teresa cosían para dejarlos terminados. Otras ropas fabricadas eran los monos para niños, a los que les añadían unos puntos decorativos con hilos de colores, y prendas para uso personal más o menos elaboradas para “ir a la moda”.

La cantidad elaborada diariamente oscilaba entre piezas para 30 o 50 jerseys. En casa de las hermanas Alquézar tenían repartido el trabajo, nos cuentan: “Unas hacíamos las mangas, otras las espaldas y otras el delantero. Lo que más tiempo costaba era menguar ya que había que ir quitando puntos para hacer las sisas y esto no permitía hacerlo tan rápido. Los proveedores nos advertían de que debíamos acabar el producto teniendo en cuenta la tintada del hilo para que todas las piezas de los jerseys tuvieran el mismo color”. El ritmo lo marcaban los que enviaban los hilos y se llevaban el producto acabado. Nos decían: “Para este día debéis tener tantos jerseys, y nosotras los hacíamos aunque tuviéramos que trabajar de noche”. Lo pagaban “regular”, en los últimos apuntes de Consoli Alquézar se indica que por un jersey daban 55 pesetas y por unas manoplas 30.



Tejedora doble (foto: archivo de Celia Baeta)



Rosa Alquézar (foto: archivo de Rosa Alquézar).

En Alloza reciclaban los conos donde iban enrollados los hilos y los utilizaban para proteger las llamas de las velas que llevaban en las procesiones de Semana Santa; de hecho, algunos se entretenían en horadar figuras en los conos para que la luz de la vela produjera un efecto más bonito.

El lugar donde trabajaban era en los bajos de las casas, allí instalaban las máquinas ya que era el lugar más fresco en verano, que era “cuando más tiempo echaban”.

Nos cuenta Pablo Lerma que en el momento de auge, años 65 a 70, daba trabajo a mujeres de Albalate, Andorra, Alloza, Urrea de Gaén, Almonacid de la Cuba, Alcañiz, Ariño y Mas de las Matas.

El trabajo de tricotar cubrió durante un periodo de tiempo las expectativas de muchas chicas de la contornada que querían trabajar y sacarse algún dinero, como nos cuentan algunas, “para que la familia tirara hacia delante” o “para el ajuar”. Pero por otro lado trabajaban a destajo, y como nos cuenta Rosa Alquézar: “A mí me gustaba el trabajo, pero metíamos muchas horas para sacar algo de dinero”. Era una manera de sortear la imposibilidad de trabajar fuera de casa e incorporarse al mundo laboral y conseguir cierta independencia económica.

Este tipo de economía doméstica tuvo un tiempo de esplendor y de decadencia. Se inició en la comarca a principios de los años 60 y las hermanas Alquézar mantuvieron el sistema hasta el año 82. Cuentan que los momentos de más trabajo fue durante la década de los 70, a partir de allí decayó, se inició la competencia de las máquinas automáticas instaladas en grandes fábricas y dejaron de tener pedidos.



De izq. a dcha. jersey realizado con una tricotosa. Medias de baturra. Gorro (fotos: archivos de Celia Baeta y Manuel Galve)